

EN TIERRA COMO EN EL MAR. LOS MARINOS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José CERVERA PERY
General auditor

Una ambientación necesaria



UNA guerra de características tan peculiares como la Guerra de la Independencia española tenía forzosamente que provocar encontradas reacciones desde la ya amplia perspectiva de su bicentenario. Surgida de una revuelta popular no es, con todo, la guerra revolucionaria a la que se refiere Carlos Marx, pero sí hay que subrayar el esfuerzo heroico de un pueblo que tuvo que crear sus propios ejércitos y que, sacando fuerzas de flaquezas, se enfrentó a Napoleón y a las autoridades por él impuestas, luchando por su independencia.

Como acertadamente ha escrito Hermenegildo Franco en su reciente y espléndido libro *La Real Armada y su Infantería de Marina en la Guerra de la Independencia*, contrasta la abundante bibliografía existente sobre las operaciones terrestres desarrolladas entre 1808 y 1814 durante la Guerra de la Independencia con el muy reducido número de estudios y publicaciones que tienen por objeto las operaciones, navales y terrestres, llevadas a cabo por la Armada (y sus hombres) durante la propia contienda.

¿Qué papel juega por tanto la Marina en la guerra contra Napoleón, de la que no pocos historiadores e investigadores, algunos de reconocido prestigio, no parecen querer ocuparse? No caben subterfugios ni escamoteos. El papel que la Marina, sobre todo sus hombres, desempeña a lo largo de toda la contienda es de notoria importancia. Piénsese de entrada que la primera victoria formal contra Napoleón proviene de una acción naval: la rendición de la escuadra de Rosily, que propicia en gran parte la victoria de Bailén, con el abundante material francés incorporado al ejército de Castaños, y sobre todo el «frenazo» del general Dupont, que desiste de su marcha a Cádiz ante la imposibilidad de prestar su apoyo al almirante rendido.

Marinos en la brecha



Retrato de Gabriel Císcar y Císcar (1760-1829), teniente general de la Real Armada. (Museo Naval. Madrid).

El personal de la Armada, con contadas excepciones, habrá de identificarse con la gran masa del país puesta en armas con rabia y entusiasmo. Un inflamado patriotismo se superpone a las penurias en defensa de un sentido tradicional de arraigados valores, cuando éstos se ven atacados. Almirantes, jefes y oficiales de Marina se aprestan a la lucha desde los primeros momentos, y no pocos se integrarán, como medida de urgencia, en los cuadros del Ejército o en las recién creadas Juntas Supremas de Defensa. El bailío don Antonio Valdés y el sabio don Gabriel de Císcar regirán juntas provinciales. Ruiz de Apodaca, vencedor de Rosily, y Juan Javat, que más tarde será un diputado del grupo liberal en las Cortes

gaditanas, desempeñarán comprometidos cargos diplomáticos en Londres y Constantinopla. Éstos y otros marinos de alto rango no se excusarán en las difíciles tareas de gobierno cuando empieza a consolidarse. Así, sucesivamente serán miembros de las regencias altos jefes de la Armada, como Antonio de Escaño, Pedro Agar, Gabriel de Císcar y Juan María Villavicencio.

Invadida España por los franceses y con el general Murat actuando como dueño y señor de los destinos españoles, se ofrece al marino Escaño el mando de una escuadra que ha de formarse en Ferrol para transportar tropas españo-

las al Río de la Plata. Escaño entiende que se desea alejar de la Península tanto a su persona como a las fuerzas navales y militares que podían dificultar la ocupación completa de España por los franceses, y con habilidad alega que, como se espera a Mazarredo en la Corte, debería tratar el asunto con él. En realidad trata de ganar tiempo, porque sabe de la formación de diversas juntas patrióticas para oponerse a la agresión francesa. Pero Napoleón, en su tratamiento a los españoles como súbditos de tercera clase, cree disponer aún de un consenso imaginario y maneja la fórmula del «orden y mando». España debe situar seis navíos en Tolón, tres en Cartagena, doce en Cádiz y siete en Ferrol, y reclama la inmediata presencia de Mazarredo; pero los navíos no salen de los puertos españoles por la resistencia empleada por Cayetano Valdés, e incluso por la del afrancesado José Justo Salcedo.

Entusiasmo y patriotismo aparte, el estado de la Marina en 1808 no animaba a previsiones optimistas. Poco numerosa la marinería de los barcos, casi todos desarmados, y en forzada holganza astilleros y careneros, de los 285 buques con que se contaba en 1790 quedaban, en 1807, 42 navíos, 21 fragatas, 32 corbetas y un número reducido de bergantines y buques menores; pero de los 42 navíos de escuadra, no menos de 17 estaban desarmados en puerto; se habían dado seis navíos a Francia en 1800, y en el balance de pérdidas había que anotar cuatro en San Vicente, tres en Trinidad, dos en el Estrecho, doce en Finisterre y diez en Trafalgar. Un sombrío panorama.

Los departamentos marítimos aportaron los escasos recursos con que aún contaban, y así pudieron formarse los batallones de Infantería de Marina y de Artillería que tan bizarramente se batieron en los diferentes frentes de combate. Pero la dispersión de buques en diversos puertos al producirse la invasión jugó un papel poco ajustado a su misión, ya que si el órgano rector no podía funcionar era natural que los elementos subordinados, sometidos al ambiente y a los singulares caracteres de aquel tipo de guerra, no fueran capaces de reaccionar conforme a un plan conjunto, por lo que para la Armada la lucha contra el francés fue un largo calvario, en el que a través de su espontánea contribución a la misma fue labrando su desgaste y ruina hasta llegar a su total inefectividad.

Desde los primeros momentos del alzamiento popular la presencia de los hombres de la Armada será significativa. En el Dos de Mayo madrileño tres jóvenes oficiales de Marina, Manuel María Esquivel, Juan Van Halen y José Heceta, participan activamente en los sucesos de la Puerta del Sol y del Parque de Monteleón, en lucha, no sólo contra los franceses, sino contra las disposiciones del general Negrete, el afrancesado capitán general de Madrid, que había dispuesto que la tropa permaneciese acuartelada y sin cartuchos. Van Halen y Heceta capitanearon las masas y las condujeron al Parque de Monteleón, distribuyeron las armas y colocaron a la gente en lugares estratégicos, resultando Van Halen herido en el hombro frente al mismo edificio del Parque.

Sin que ello suponga demérito alguno para la heroica actuación de los tenientes Daoíz y Velarde, la realidad es que Van Halen y Heceta llegaron al Parque con anterioridad a aquéllos, y fue su interlocutor el teniente Arango, ayudante del cuartel, quien cuenta que Heceta le animó a armar al paisanaje «porque habiendo los franceses tocado a degüello era preciso decidirse a morir matando». Arango entonces decidió meterse en la sala de armas para poner piedras a los fusiles, y encargó a Heceta que fuese a ver al comandante del Parque a contarle la situación. Por su parte Esquivel, que visitó en aquella trágica mañana a los generales de la Armada Uriarte y Escaño presentes en Madrid, nos trasmite en su diario manuscrito, que se conserva en el Museo Naval, su excepcional testimonio de aquellos días.

La rendición de Rosily, momento clave

En la bahía de Cádiz estaban desde octubre de 1805 los restos de la escuadra francesa que había combatido en Trafalgar, integrada por cinco navíos y una fragata, al mando del almirante Rosily, sucesor del desafortunado Ville-neuve. Los barcos habían sido reparados por cuenta del Gobierno español, que incluso completó las tripulaciones casi por el procedimiento de leva, ya que se pensaba utilizar contra la escuadra inglesa que ejercía el bloqueo de Cádiz antes de que los ingleses pasaran de enemigos a aliados. También había en el puerto de Cádiz barcos españoles, muy abandonados y faltos de gentes, y por tanto de dudosa a más bien nula utilidad. Juan Ruiz de Apodaca era el jefe de aquellos barcos.

Tras las primeras noticias de los manejos napoleónicos en España, la situación de los barcos franceses comenzó a hacerse incómoda y la actitud de los gaditanos fue de recelo, cuando no de manifiesta hostilidad hacia sus vecinos ocasionales. A finales de mayo de 1808, con ocasión de haberse instalado en Sevilla la Junta Suprema de España e Indias, se alborotaron las clases populares pidiendo la proclamación de Fernando VII, la efectiva declaración de guerra a Francia y, como consecuencia, el inmediato ataque a los buques franceses surtos en el puerto. El capitán general Francisco Solano, marqués del Socorro, intentó calmar los ánimos y perdió tristemente la vida en el empeño. Fue nombrado en su relevo Tomás Morla por la Junta de Sevilla, a propuesta de la de Cádiz, y se encargó al jefe de escuadra Enrique Mac Donnell se entrevistase con el almirante inglés Collingwood, ahora amigo, para que suspendiese las hostilidades. Quiérase o no, se navegaba entre dos aguas. Por su parte, las autoridades de Marina, al mando del veterano capitán general del departamento Juan Joaquín Moreno, realizaban los preparativos necesarios para batir la escuadra francesa que Rosily no quiso rendir, intentando después escabullir el bulto y ganar habilidosamente tiempo en negociaciones con Morla.

No voy a profundizar en los avatares de esta acción naval, que constituye indiscutiblemente la primera victoria de la Guerra de la Independencia y que es tratada documentadamente en otro espacio de este número. El ataque dirigido por Ruiz de Apodaca comenzó el 9 de junio «sosteniéndose los buques franceses con más valor que esperanza de buen éxito para su causa», según escribe Rodríguez Martín. El general Moreno, por su parte, estableció baterías en los lugares conocidos como Molino de Guerra, Casería de Ocio y Punta Cantera, operaciones en que destacaron las brigadas de Artillería de Marina al mando del capitán de navío Rosendo Porlier. El mismo general Moreno se trasladó a La Carraca, en donde se reforzó la batería de ángulo y, además de hostilizar a los franceses, formó una división de cañoneras cuyo mando confió al brigadier de la Armada Juan de Dios Topete. Todavía el astuto Rosily, que había solicitado parlamento, entretuvo con argucias durante tres días a la Junta de Cádiz, pero renovado el combate arrió su insignia, y entregando su espada a Apodaca quedó prisionero con cerca de 4.000 hombres.



Maqueta de la Puerta del Carmen de Zaragoza tal como quedó tras los sitios de 1808 y 1809. (Museo Naval de Madrid).

Esta brillante acción naval habría de contribuir poderosamente un mes más tarde al triunfo de Bailén, pues libró al ejército del general Castaños de enemigos a su espalda, dejando a las tropas francesas faltas del apoyo que hubiera podido prestarle su rendida flota. En la guerra contra Napoleón, la victoria gaditana, aun aguas adentro, había supuesto un éxito considerable, pues tras Bailén José Bonaparte se vio obligado a abandonar Madrid y refugiarse en Miranda de Ebro, por lo que puede decirse que ambas acciones, la marítima y la terrestre, marcan el comienzo del declive del imperio napoleónico.

En la tierra como en la mar

En acciones guerreras tierra adentro tomaron parte destacados marinos con un espíritu de colaboración más que encomiable, como el teniente general Cayetano Valdés, que mandó una división de ejército en la batalla de Espinosa de los Monteros (12 noviembre 1808), en la que resultó gravemente herido, para reintegrarse más tarde a la defensa de Cádiz al mando de las fuerzas sutiles junto a su viejo compañero de armas Juan de Dios Topete. En la defensa de la Puerta del Carmen en Zaragoza durante el primer sitio, el teniente de navío José Primo de Rivera y Ortiz de Pinedo ganó la Laureada al mando de una batería. El brigadier Joaquín Riquelme había combatido en Trafalgar como segundo comandante del navío *Santa Ana*, insignia del general Álava, y noticioso de que en Ferrol se carecía de hombres se incorporó al ejército del general Blake, estando también presente en la batalla de Espinosa de los Monteros a la cabeza de una de las más aguerridas divisiones de combatientes. El capitán de navío José Navarro Torres, también combatiente de Trafalgar a bordo del *San Justo*, formó parte del ejército de Castaños y luchó en las batallas de Bailén, Santa Cruz de la Zarza y Valdepeñas. Pasó después a ultramar, agregado a un batallón de Infantería de Marina, y fue fusilado en Jalapa (México) por los insurgentes por negarse a traicionar a su Patria. El capitán de fragata José de la Serna, otro «trafalgareño» del navío *Monarca*, se integró en las filas del ejército del norte, tomando activa parte en la defensa de Ponferrada, donde resultó herido dos veces. También defendió la causa española junto a los insurgentes y murió en la batalla de Armentía en 1813. La lista podría ser más numerosa, pero su análisis sería más propio de un cuaderno monográfico que de un artículo; sin embargo, no quiero dejar de mencionar al jefe de escuadra José Serrano Valdenebro, que primero al frente de tropas regulares de Marina y después como jefe de una partida de guerrilleros en los que abundaban no pocos contrabandistas, fue el terror de los franceses por la serranía de Ronda y Campo de Gibraltar, demostrando que los marinos, cuando tienen muy implantado el sentimiento del cumplimiento del deber, pueden servir a la Patria tanto en la tierra como en la mar.

Marinos en la gestión política

Formada la Junta Central del Reino con dos diputados de cada junta provincial, con un marino —el bailío Valdés— entre los de más autoridad, se encontrará con graves dificultades de gestión, ya que Napoleón, que no ha digerido con resignación la derrota de Bailén, viene a España con 250.000 soldados, derrota a los españoles en diferentes encuentros, y la Junta Central tiene que retroceder hasta Sevilla y más tarde a Cádiz, en un dificultoso periplo, volviendo el rey intruso a Madrid. Y es que los comienzos de 1809 son malos. Los franceses se extienden por todo el país y en el litoral atacan Ferrol, cuyas autoridades, en el sentir de Fernández Duro, capitularon vergonzosamente entregando 16 bajeles. A los afrancesados les vino de perla la posesión de un arsenal de tan aventajada posición estratégica como Ferrol, y nombraron capitán general del departamento a Pedro de Obregón. Mazarredo hizo, sin embargo, un buen servicio a la causa española aun como ministro del rey José, al impedir que un almirante francés se hiciera cargo de los buques, desarrollándose las cosas de tal forma que ni franceses, ni ingleses ni afrancesados tocaron los bajeles. En mayo volvieron las tropas españolas, y en septiembre algunos barcos pudieron hacerse a la mar. Naturalmente Obregón fue depuesto y metido en prisión, pero fue liberado por los franceses y sirvió como ministro de Marina del rey intruso, aunque la realidad es que José Bonaparte no consiguió tener un solo navío de guerra a lo largo de toda la campaña en el que enarbolar su bandera de soberanía, siquiera simbólicamente.

El papel que tocaba representar a la Marina en la Junta Central era poco lucido, y se limitaba a mantener las comunicaciones con América, que se desarrollaban de forma precaria, o el desempeño de servicios auxiliares, lo que no fue obstáculo para que los marinos en tierra se siguieran batiendo bravamente y participando en las acciones guerreras de mayor fuste. Por razones de economía hubo más tarde que desguazar escuadras como la de Cartagena, desarmada en Mahón, y que tras la destitución de José Justo Salcedo, otro afrancesado, había quedado al mando de Juan Martínez.

Tampoco serán buenas las perspectivas a comienzos de 1810, con un cambio de Gobierno impuesto por la gravedad de los acontecimientos. Napoleón mandó más soldados y la Junta Central abdicó sus funciones, dando paso a un Consejo de Regencia de cinco personas, una de las cuales fue Antonio de Escaño, hasta entonces ministro de Marina. Es el año, también, en que van a reunirse las famosas Cortes de Cádiz, cuyas sesiones se inician en San Fernando el 24 de septiembre, y en las que habrán de figurar un no escaso número de marinos, algunos de ellos con importante aportación constructiva.

Con el avance francés —casi un paseo hasta Cádiz— las cosas empeoran. La Regencia, reconocida y aceptada por todas las juntas, organiza la defensa mandando cortar el puente Suazo, aislando así a la Isla de León y fortaleciendo las obras militares de Gallineras, La Carraca y Santi Petri, bajo la dirección

del brigadier don Javier de Uriarte, comandante del *Santísima Trinidad* en la batalla de Trafalgar. Los franceses, sin embargo, cerrarán el cerco sin agobios, sabedores de que cuentan a su favor con las dificultades de abastecimiento de la población gaditana. La parte más activa de la defensa correrá a cargo de las fuerzas sutiles que, en dos divisiones mandadas por Cayetano Valdés y Juan de Dios Topete, atienden al interior y exterior de la bahía, siendo muy reñida la posesión del Trocadero y del castillo de Matagorda. Jugará también en estas actividades un importante papel José Vázquez de Figueroa, que había desempeñado en Sevilla la Secretaría de Marina, y cuya aptitud y capacidad en los negocios del arma hacían aceptables sus servicios y urgente su cooperación.

Tras la renuncia del Consejo de Regencia, atosigado por problemas de agotamiento y descoordinación, se formó otro de tres personas, del que son marinos Pedro de Agar y Gabriel de Císcar. A ellos habrá de referirse Alcalá Galiano para decir: «El uno —Císcar— era un marino con el grado de jefe de

escuadra, insigne matemático y erudito con no cortos conocimientos de humanidades, pero que había seguido hasta ahora una vida oscura excepto para el mundo científico y en quien una grande probidad y entereza no estaban hermanadas con la práctica de los hombres y los negocios. Y el otro, Agar, era asimismo matemático y astrónomo de buenos alcances y ciencias». Es preciso llamar la atención, dada la personalidad científica de los nombrados y su carencia de profesionalidad política, de que sólo un elevado concepto de patriotismo y defensa de los intereses patrios los impulsa al difícil ejercicio del mando. Y es importante consignarlo, porque no



Retrato de Pedro de Agar y Bustillo (1763-1822), jefe de escuadra. (Museo Naval. Madrid).

va a ser la gratitud real la que recompense estos esfuerzos en virtud de sus méritos.

Entre tanto en Cádiz, después de año y medio de sitio, se seguía resistiendo bravamente y actuando con increíble eficacia las fuerzas sutiles. La situación habría de aliviarse algo tras la llamada batalla de Chiclana, en la que el mariscal Victor fue seriamente combatido, teniendo que replegarse a Puerto Real y abandonar, muy a pesar suyo, sus posiciones de ventaja.

Una tercera Regencia compuesta por cinco miembros, con Juan María Villavicencio representando a la Armada, se hizo cargo del Gobierno con el fin de dar el definitivo impulso a la guerra que, tras la disminución de fuerzas francesas, obligado Napoleón a cubrir otros frentes en su ambiciosa concepción bélica, presenta unas mejores condiciones; pero no habrá mejoría con el cambio de personas, ni sobre recursos ni sobre satisfacción de obligaciones, y un nuevo desacuerdo entre los poderes vendrá a producir en 1813 la destitución de la Regencia, volviendo a componerla en parte los marinos Agar y Císcar, cuyos buenos deseos no bastarán para aliviar la suerte de sus compañeros.

Un final nada grato

La Historia —escribió el marino e historiador Jorge Lasso de la Vega— hará justa y merecida memoria de los hechos y servicios de la Armada en la Guerra de la Independencia. Pero también la Historia —se añade por nuestra parte— no puede contemplar indiferente el tremendo peso que gravita sobre las circunstancias de estos hechos, que dejan a salvo el honor de los hombres por encima de toda desafortunada dirección política. La exposición de Escaño a la Junta Central es muy elocuente: la Marina sufría un atraso en sus pagos, que podía entenderse escandaloso, y el hambre es muy mala consejera. No menos desolador es el panorama que pinta el capitán general del Ferrol, José de Melgarejo, sucesor de Vargas y Varáez, muerto también de trágica forma: «Hambre, estragos y ruinas». Tal es el cuadro que presenta el departamento. ¿Pero hubo alguno mejor? No es preciso cargar tintas. Cuando llega al Ministerio Vázquez de Figueroa presenta una exposición a la Regencia y declina su responsabilidad, protestando de la desigualdad de distribución de fondos, con olvido de todo lo de la Marina, ¡a la que se le debían treinta y tres pagas de personal!, mostrando claramente la espantosa miseria en que se hallaba. También el nuevo ministro Francisco Osorio, en breve exposición a las Cortes, será bastante explícito: «No hay Marina. Los arsenales están en ruinas, el personal en abandono y orfandad. A nadie se paga». La reseña, como se ve, es muy corta; no tiene otra cosa que explicar.

Instalado de nuevo el Gobierno en Madrid, junto con las Cortes, y perdido el horizonte del mar, todo fue aún peor. Napoleón ha sido derrotado, pero en

la nueva construcción de Europa no se habrá de tener en cuenta a España. La Historia habrá de repetirse, desgraciadamente, a lo largo de sucesivas generaciones.

Pero los marinos compartieron bizarramente los azares de la guerra con el Ejército y el pueblo, y estuvieron presentes en Bailén, Espinosa, Uclés, Ciudad Real, Talavera, Ocaña, Zaragoza, Cataluña, Asturias, Galicia... Liberales o serviles, que de todo hubo, cuando hubo que luchar por la independencia patria lo hicieron con valor, abnegación y firmeza. Se batieron entre vergas y jarcias, o a través de desfiladeros y vaguadas. Sobrepusieron ánimos a flaquezas, entusiasmos a miserias. Dieron, sobre todo, constancia y testimonio de un admirable comportamiento histórico...



BIBLIOGRAFÍA

- CERVERA PERY, José: *Marina y política en la España del siglo XIX*. Ed. San Martín, 1979.
RODRÍGUEZ MARTÍN, M.: *La Marina en la Guerra de la Independencia*. San Fernando. Sección Tipográfica, 1899.
FRANCO CASTAÑÓN, Hermenegildo: *La Real Armada y su Infantería de Marina en la Guerra de la Independencia*. Galland Books, 2008.